



Cuento

UN BUEN MATRIMONIO

Intento abrir los ojos y no puedo. Quiero correr, huir, alejarme de esa mullida y envolvente negrura que me está esperando, silenciosa, para adormecerme en un sueño sin fin. Pero al mismo tiempo, algo dentro de mí me empuja hacia ella desesperadamente. Deseo abandonarme, olvidar, acabar con todo o, mejor dicho, acabar con nada. Eso soy yo: nada. Nada soy y nada tengo. Ni siquiera corazón, ni siquiera vida. Hace tiempo que no tengo. En su lugar, un vacío profundo, una indiferencia fría y viscosa, casi suicida, que con cada nuevo latido parece decirme: ¡déjalo Ana, no merece la pena. Descansa, no te preocupes de nada, déjalo, anda, déjate llevar, aprieta los párpados, no lo intentes, no merece la pena...!

¿Es esto la muerte?. No, no lo creo. No puede serlo porque a ella la reconocería. La muerte es mi amiga, la de siempre, a quien he llamado tantas y tantas veces, la que me ha ido acompañando en tantas y tantas noches y ha estado allí, paciente, igual que un amante fiel, abrazándome poco a poco, susurrándome que me fuese con ella y sabiendo, cuando por fin se alejaba, que era una cuestión de tiempo, que volvería a llamarla, que con gritos de dolor pediría que regresara. Y así era, yo lo hacía. La invocaba a gritos en aquellas ocasiones en que los pómulos me palpitaban desde dentro por los golpes; en aquellos momentos en que mi pecho, agarrotado de un dolor que borboteaba en rojo, temía que los pulmones siguieran funcionando y lo partieran de cuajo sólo por respirar. Era en esas noches en las que el sabor a sangre y vergüenza de mis labios se confundía con la saliva que tragaba,

de poquito en poquito, tratando de que el cuello y la garganta no reventasen entre el fuego amoratado que sus manos me habían dejado alrededor, como un dogal, como la cincha apretada de un animal que se revuelve y su amo quiere sumiso.

¡Ana, Ana, despierta, abre los ojos!

Otra vez la voz que no me deja descansar en esa ola oscura que me mece, que va y que viene, misericordiosa, quitándome el dolor de este brazo de espuma, este brazo raro, que se retuerce blandamente a mi lado, sin forma, como un apéndice sin cuerpo, en una postura increíblemente extraña. Trato de moverlo, pero ese oleaje negro lo envuelve como a un juguete roto, carne destrozada, que parece un ala quebrada que no pudiese volver a volar. ¡Qué frío hace, qué frío!. Es como una neblina húmeda y pegajosa que quiere abrazarme, que se adhiere a mí como una segunda piel y apenas me permite respirar. Tengo miedo de que mi cuerpo, sediento de caricias, encuentre acomodo en esa orilla que se abre entre las sombras, misteriosa en su traición, prometedora en su descanso.

¡Ana!, ¡Ana!...

¿De dónde sale esa voz?. No veo nada y sin embargo, cuando la escucho parece que retrocedo en el tiempo y que esa niebla heladora se desgaja como un suspiro, abriendo un camino, de trazo tenue, que no sé adonde lleva. La sigo sin embargo. Oigo esa voz, y otras muchas salen a su paso como murmullos del ayer, confusas, alteradas, insistentes...

Voces. Voces, siempre. Voces ordenando con la excusa de enseñar. Voces increpándome, quitándome el deseo y la voluntad de vivir. Voces hechas gritos, miradas transformadas en normas, prohibiciones agazapadas tras caprichos que se vendían con la excusa de mantener un buen matrimonio. ¡Dios mío!, cuántos “te quiero” que no lo eran, cuántos “nunca más” que parecían ecos vacíos al día siguiente, cuántas promesas que no eran más que la antesala de nuevas crueldades. Palabras, palabras... Palabras sólo hechas voz en él y mundos de fantasía en mí. Palabras que enamoran, y entontecen, y anulan y engañan... ¿Qué falsa belleza encontramos las mujeres en las palabras? ¿Qué mundos de soledades queremos llenar con ellas?. ¿Por qué necesitamos siempre creer que son verdad?

¡Ana! –susurra ahora la voz como si estuviese asustada por mi letargo-despierta, piensa en ti. ¡Vamos, Ana, piensa en ti!

Lo intento –contesto muda- de verdad que lo intento, pero no sé hacerlo, nadie me ha enseñado a pensar en mí. ¿Qué nos enseñan a las mujeres? ¿A pensar qué queremos o a pensar en quien queremos? ¿Qué aprendemos? ¿A cuidar de nosotras mismas o a buscar quien nos cuide o a quien cuidar?. ¡Pobre de mí! ¡Pobrecita Ana!, le podría decir a la voz. ¿Cuándo he podido pensar en mí, si siempre lo han hecho por mí? ¿Cuándo he podido cuidarme, si siempre he cuidado a los demás?. De mis padres hasta que se murieron. ¿No tenían otros dos hijos?. Sí, claro que tenían, pero yo era su hija, su única hija, y al parecer eso marcaba una diferencia, una gran diferencia. Y total, como yo no hacía nada...

¡Nada! ¡Que yo no hacía nada!. Primero, todos me aconsejaron, y él me obligó, a dejar mi trabajo que, si bien es cierto que no era gran cosa, al fin y al cabo era mío, yo lo había conseguido, yo lo había peleado, yo lloré cuando tuve que abandonarlo. Y además nadie me agradeció nada. ¿Qué iban a agradecer si era yo quien salía ganando? Todos opinaban, todos sabían: mis padres, mis hermanos, él, los suyos... Todos ellos me hablaron de ser una buena esposa, para eso había sido educada, de la conveniencia de un buen matrimonio, de lo que había que hacer para lograrlo y al parecer, yo, como todas las mujeres de buena ley, esas que lo son de verdad, debía conseguirlo dejando de ser yo misma. Y lo hice, vaya que lo hice. Era mejor para todos –me decían- pero ¿era mejor para mí?. Nunca lo sabré, porque fue una pregunta que ni siquiera me hice. ¿Qué más quieres, Ana?, -oía una y otra vez- ¿Qué más puedes pedir?. Un buen marido, una buena casa, un buen matrimonio... Todo, sí, todo era bueno para los demás. Pero era nada para mí. Nada. Eso era también yo. Nada. Ni era, ni hacía, ni tenía. Toda mi vida era él. El, mi existencia. El, mi marido. El, mi verdugo.

Yo no me podía quejar, decían. Vivía bien, decían. Y no hacía nada, decían. Era nada la casa, la compra, la plancha, la comida... Era nada sus padres, su familia, sus amigos, su perro...Era nada él, tan exigente, tan maniático, tan caprichoso... Un buen matrimonio, sí señor. Un buen hombre, sí señor. Tan listo, tan ordenado, tan limpio, tan simpático, tan bromista... Sí, era listo. Era listo porque yo me hacía tonta. Y era limpio porque yo limpiaba y me desvivía por tener todo a punto y arreglado. Y era buen marido porque yo lo decía a los demás, a todo aquel que me rodeaba, a sus amigos, sólo suyos porque él terminó con los míos, a mi propia familia y a la suya. ¿Cómo iba a decirles que mi timidez, tan criticada por

todos, era fruto de un martirio de muchos años?. ¿Cómo explicarles que mi torpeza era un miedo aterrador a decir o a hacer algo que me costase un calvario de golpes e insultos cuando quedáramos solos?. ¿Cómo podía contarles mis noches en blanco, con hielo en la cara para que bajase la hinchazón de los golpes? ¿Cómo aclarar que el maquillaje esconde, sólo esconde, los moretones del rostro pero no los del alma? ¿Cómo presentar al desnudo tu propio matrimonio si toda tu identidad de persona se basa precisamente en el matrimonio mismo?. ¿Cómo iba a confesar ante todos mi error, mi fracaso, mi repulsión, mi humillación como esposa y mujer?. No podía. No pude. Y quizás por eso dejé de verme como una cosa y otra. Mi vida fue el miedo. Comí miedo, respiré miedo, dormí miedo. Un terror absoluto dominaba mis días y mis noches, y en silencio, un silencio débil y pavoroso, aprendí a leer en sus gestos, en sus miradas, en sus palabras, en sus sonrisas, en su cuerpo. Aprendí, por miedo del propio miedo, a adelantarme a sus deseos, a darle todo sin pedir nada, a vivir fuera de mí, a encogerme en cuerpo y alma para hacerme invisible, para que no notara mi presencia, para no molestarle, para que no supiera que yo, aunque totalmente aterrada, seguía respirando. Pero él, como buen cazador, olía mi pánico y se crecía en él. Era un depredador nato y yo su única pieza; de esa forma mi debilidad aumentaba su fortaleza y su dominio, y con ella mi castigo.

Ahora tengo miedo incluso al enfrentarme con mi memoria. Recuerdo los días uno a uno. Los modos de disminuirme, de atacarme, de ridiculizarme. Tan suave y paternal a veces. Tan duro y dictatorial otras. Tan malvado y retorcido siempre. Y yo, tan imbécil, siempre disculpándole, tan creída en mi propia culpa, tan amante de las apariencias, tan asustada del qué dirán, tan temerosa de perder un marido y un matrimonio, con lo que eso representa en nuestra sociedad, tan incrédula de mis

propias fuerzas. ¿Qué voy a hacer sola?, me preguntaba. Y hoy, hoy que ya no la necesito, sé la respuesta; al fin y al cabo, soy especialista en soledades.

Hoy... hoy... ¿por qué no ayer?, ¿por qué no hace años?. Hoy, precisamente hoy. Sí, ahora que la vida se me escapa, porque ¿qué otra cosa podría significar el frío que me desgarrar por dentro y este lúcido entorpecimiento de todo mi cuerpo?. Es hoy, sí. No mañana, cuando mis iniciales salgan en un periódico y mi pobre vida, o mi pobre muerte, según se mire, forme parte de una estadística que sólo quedará en el papel. Es hoy cuando me doy cuenta de que todo mi esfuerzo y toda mi sumisión no han servido de nada. Es hoy, con la consciencia del perdedor, cuando me gustaría decir a todas las mujeres que el amor puede ser una trampa, que quien te quiere no debe hacerte llorar, que las exigencias y los celos no son muestra de cariño, sino deseo de dominar. ¡ Dios! ¿Por qué no nos enseñan a ser personas completas ... a valernos, a querernos a nosotras mismas, a luchar por nuestros deseos y nuestras vidas...? ¿Por qué? ¿Por qué hay tantos por qué en la vida de las mujeres? me pregunto hoy.

Hoy, no sé... Hoy me gustaría ¡qué sé yo!, tener tiempo...Que me quedase tiempo para volver a empezar. Ser de nuevo Ana, la que sólo yo conozco, la que estaba dentro de mí aunque nadie, ni siquiera yo misma, supiera que seguía existiendo. Esa Ana que por cansancio, por dignidad, quizás también por orgullo, hoy ha gritado el final. Esa Ana con fuerza interior, sangrante y moribunda por fuera, que ha podido arrastrarse hasta el teléfono, que ha pedido ayuda en voz alta, que ha denunciado a su marido justo con las palabras que le han faltado otras

veces. Esa Ana que sabe, en lo más profundo de ella, que ahora, vuelva o no vuelva a la vida, puede hacer cosas sola. Por ella y para ella.

¡Ana, despierta!. ¡Vuelve Ana, despierta! ¡Mírame, Ana, mírame!

Mis párpados intentan levantarse y entre las sombras veo una luz, siento un calorcillo, cerca del corazón, que me impulsa, que me anima y me ayuda a ver, entre las sombras, los rasgos de una muchachita pálida que me mira y sonrío mientras una lágrima, sólo una, cae muy despacio por su cara, tan blanca como su bata, cuando nota que nuestros ojos se encuentran.

¡Ya estamos aquí, Ana, hemos llegado!. Todo va a ir bien ahora –repite una y otra vez mientras me coge las manos y las acaricia-.

Sí, lo sé –contesta la voz desde dentro-. Todo va a ir bien.

Y yo, tranquila, cierro los ojos.

Autora: Beatriz Moncó